**Aventuras en Ikea:**

Un día, no hace mucho tiempo, marchaba yo junto a mi amo don Quijote de la Mancha con destino Madrid. Conversábamos acerca de diversos temas de caballerías, como mi amo gustaba. Cuando al fin divisamos la gran ciudad, un cielo de tormenta amenazó nuestro camino. “Debemos resguardarnos mi querido Sancho. Ese gran castillo seguro que abre sus puertas al legendario don Quijote de la Mancha y a su fiel escudero.” me dijo.

Al llegar, encontramos un gran edificio con forma rectangular de color azul y amarillo con el nombre de “Ikea” según me dijo mi amo. Até fuera nuestras monturas, junto a unos extraños carros, que no eran tirados por caballos, que se hacían llamar coches. El interior de ese supuesto castillo parecía un inmenso mercado donde se hallaba una multitud de gente que se resguardaba de la lluvia también. “Qué imaginará mi amo sobre este lugar” pensé yo. A esto me sobresaltó diciendo: “¿Coincidencia?, no lo creo. Mi amada Dulcinea del Toboso se encuentra aquí con nosotros. Su fermosura ilumina mi corazón. Sancho, actúa educadamente y no digas ninguno de tus dichos”. Seguidamente, se acercó a Aldonza Lorenzo y le halagó con múltiples requiebros. Ella, pensando que se burlaba, se levantó y subió furiosa al piso de arriba, a donde la seguimos.

El segundo piso parecía un gran banquete con pequeñas mesas y un gran ventanal desde donde se observaba todo el exterior y vimos que la tormenta que comenzaba a disminuir. La idealizada aldeana, a la que mi amo miraba, se sentó en una mesa junto al ventanal y nosotros hicimos lo mismo en una cercana. Con los ojos cargados de amor, mi amo la describió así: “¿Ha visto alguien alguna vez, Sancho, una mujer más fermosa? Cabellos deslumbrantes como el sol al amanecer, su noble tez pálida, indicando alta alcurnia, ropajes exquisitos y ojos infinitos que, aunque me miren con desdén, no frenarán mi desbocado corazón”. A través de mis ojos, solo veía a una mujer de baja estatura, poco agraciada, con cabellos teñidos de rojo atardecer y una línea de ojos extremadamente larga a mi parecer.

Tras un apacible almuerzo, ella se marchó. Yo continuaba conversando con mi amo sobre las mujeres, hasta que se percató de su ausencia. Recorrimos los

pasillos en su busca y en la de una nueva aventura. Mi amo me indicaba los atajos y los títulos de las secciones que estaban en los carteles. Cuando pasamos el atajo de habitaciones a iluminación, dijo: “Nos hemos perdido. Esto es un inmenso laberinto en el que, un hechicero envidioso de mi amor por Dulcinea, nos ha atrapado. Debemos encontrar la manera de escapar y salvar a mi señora”. Tras vueltas y vueltas, hallamos las escaleras de bajada. Atravesamos el patio de armas, la selva y la muralla según mi amo, lo que en realidad fue la zona de utensilios de cocina, las plantas y el pasillo de grandes cajas del mercado. Finalmente, la vimos aparecer ante nosotros en las puertas giratorias desde dónde la observamos de lejos desaparecer en unos de los coches.

Don Quijote había quedado desilusionado de nuevo por no haber sido capaz de conquistar a su dama. El pesimismo le invadió y me dijo: “Dedico mi vida a Dulcinea, solo pienso en ella y ella solo me rechaza. Me siento como Petrarca in vita de Laura, como Salicio con Galatea, como Albanio con Camila”. Solo se me ocurría una cosa que pudiese sacarle de sus pensamientos, una nueva aventura: “¿Por qué no seguimos nuestro camino a Madrid? Allí nos espera la gran ciudad en la que siempre se echa de menos un noble caballero como vos” y esto le dió un nuevo propósito para su trayecto. Atravesamos las tierras de Chamartín hasta llegar al centro de la ciudad, y pudimos ver los enormes aviones que despegaban del aeropuerto. Mi amo los veía como dragones peligrosos que podrían convertirse en una gran amenaza, pero eso mi querido lector queda en otro lejano capítulo.